

Habana Eterna de Ayer (Los Teatristas: Luis A. Baralt)



Por Mario Parajón

Les contaba yo en el artículo pasado algo sobre la persona y la obra de Luis Baralt, profesor de Estética en la Universidad de La Habana, director del Teatro Universitario y autor de varias obras que cuentan por su importancia. Lo hice al hilo de mis recuerdos, enriquecidos por el hecho de ser mi familia y la suya muy amigas, lyceístas mi madre y su esposa. Terminé mi página narrando una vez que nos encontramos en la playa y salió a relucir el tema de La Luna en el Pantano, la obra suya que ganó un concurso en 1936 y se estrenó por esas fechas en el Principal de la Comedia.

Lo siento, pero aun a riesgo de apartarme un poco del tema, antes de hablar de La Luna... voy a decir cuatro palabras sobre el local donde se representó. Uno de los tantos crímenes arquitectónicos cometidos en La Habana consistió en demoler aquella joyita situada en el corazón de la capital, en el mismísimo Paseo del Prado, cerca del Plaza, del barrio de Colón, del Sloppy Joe y del Parque Central. No era un teatro, era un teatro: pequeño, con perfecta ondulación en el nivel del patio de lunetas; con otro patio a la izquierda para que se respirasen los entreactos al fresco; de azul claro estaba pintada buena parte de su interior, especialmente lo externo de los palcos y el frente del primer balcony. Era un conjunto remotamente vienés con sus adornos de principios de siglo y un tremendo encanto de acogida, ideal para la tristeza de los domingos y para que las compañías taquilleras hicieran allí sus temporadas sin que les fuera del todo mal.

Allí vi la primera obra de teatro a la que asistí en mi vida. Tenía menos de ocho años y fue mi compañera doña Blanca Soto viuda de Díaz, mi abuela materna, alegre, delgada, diabética, terriblemente habanera, tanto que recorría la ciudad todas las tardes y sabía donde se colaba el mejor café y era amiga de camareros, vendedores de fritas y comerciantes modestos, muy aficionada a la política y entusiasta de Chibás. El día de su fallecimiento, en febrero de 1959, al llegar al cementerio el carro fúnebre, se nos acercó un desconocido para pedirnos que el carro, antes de dirigirse al panteón familiar, pasara por la tumba de Chibás, que ella se encargaba

aquel domingo inolvidable, fue La Fierecilla Domada de Shakespeare. Me entusiasmé tanto que le pedí a doña Blanca me llevara otra vez al domingo siguiente. Ya la compañía de La Fierecilla había cesado en sus actividades y empezaba la de Miguel de Grandy interpretando Los Gavilanes. Los de La Fierecilla, cuyos nombres no recuerdo y que por lo visto no eran muy conocidos, me parecieron geniales, así como la comedia. No se me olvida con qué presteza cambiaban los decorados y cómo el actor que hacía de Perucho disponía de una voz potente y magnífica que resonaba de maravilla en todo el local. La escena que guardo en la memoria es la del gallo, creo que por un gallo de juguete que salía a escena en un plato de utilería inmenso. A mi el ave me pareció gigantesca.

La representación de Los Gavilanes creo que podría reproducirla como si la hubiera visto hace un par de semanas. El telón se levantaba; había otro telón de fondo con unas montañas pintadas cuyos picos sobresalían. Entraba Miguel de Grandy joven, eufórico por el retorno triunfal a su aldea. Se quitaba un sombrero que ahora yo apostaría que era de copa. Si la memoria no me falla, evoco la imagen de Miguel colocando el sombrero muy cerca del pico de una de las montañas pintadas; se adelantaba al proscenio y empezaba a cantar lo de que el "alma se recrea al volverla a contemplar". Después ya saben ustedes lo que sucede: Miguel se enamora de Rosaura y Rosaura es la hija de la que fue su novia en el pasado. Hay un alcalde analfabeto y un coro de aldeanas que se escandaliza en vista de que al lugareño "la belleza de Rosaura le fascina".

El actor que se ganaba los aplausos haciendo de alcalde se merece sus líneas aparte y lo recordarán cuantos me lean sin propasarse de jóvenes: era Antonio Palacios, un español que fue a Cuba casi niño y se quedó para siempre en la Isla. Era un tipo delgado, socarrón, divertido, noble, muy finamente sentimental. Le brillaban los ojitos de malicia y toda la vida soñó con que alguien le dirigiera Un Drama Nuevo de Tamayo y Baus. ¡Cuánto le hubiera gustado recitar aquella tirada de versos que empieza por dos que dicen: ¿Con que eres

tú el infame?/ tú el pérfido y aleve!... Me sospecho que murió sin realizar su sueño.

Del Principal de la Comedia atesoro un espléndido repertorio de imágenes. Allí permanecieron largo tiempo Otto Sirgo y Magda Haller. Magda tenía su novio cuando contrataron a Otto de actor principal. El contaba después cómo alguien vino a decirle al novio que se cuidara de él, pues Otto Sirgo gozaba fama de irresistible. Por lo visto el novio se mostró desdenoso, Otto lo supo; y se propuso entonces conquistar a la primera dama. La abuela de un amigo me contaba que una tarde, al finalizar la representación de la obra, cuando salieron a saludar los intérpretes, Otto Sirgo extendió solemnemente el brazo para que callaron los aplausos y anunció su boda con Magda. Terminó su párrafo exclamando: ¡Me caso con ella porque la quiero! Por lo visto se hizo silencio en la sala y estalló de inmediato tremenda ovación a los novios. Estos, felicísimos, se abrazaron y besaron efusivamente.

No quiero cerrar estos párrafos sobre el Principal de la Comedia sin contar un episodio entre divertido y triste que tuvo por escenario el patio de la izquierda al que me referí antes. Y fue que un empresario extranjero, creo que argentino, trajo a La Habana un espectáculo. Uno de los primeros bailarines era bien parecido, de manera que varias señoritas y algunas señoras se acercaban con frecuencia a su camerino para saludarlo. Una de ellas fue la esposa de uno de los caballeros que prestaron una cantidad que necesitó el empresario. El día que éste se había comprometido a realizar sus pagos, devolvió a todos lo que debía menos al esposo de la señora en cuestión. Cuando el hombre reclamó lo suyo, el empresario le dijo que ya le había pagado proporcionándole el bailarín a su mujer. El otro enfureció, se retaron a duelo y el encuentro tuvo lugar en el patio del Principal de la Comedia. Un periodista contaba que la escena había sido imponente por su solemnidad y que el empresario salió herido en un hombro, suspendiéndose en ese instante el duelo.

Apartado 17
28370 Chinchón, Madrid



Habana eterna de ayer

(Los teatristas: Luis A. Baralt 3)

Por Mario Parajón

Hablé en un primer artículo de Luis Baralt y de mis primeros encuentros con él. Dije que había sido director de escena y dramaturgo. Me referí entonces a esta condición suya y mencioné un drama que escribió en los años treinta, *La luna en el Pantano*. Añadí que se había estrenado en un teatro existente en el Paseo del Prado, el Principal de la Comedia, local encantador que fue demolido a principios de los cincuenta. Y toda la columna se me fue en una evocación del Principal y de su aspecto exterior e historia.

Hoy retomo *La luna y el Pantano* para decir de sus intérpretes y de su contenido alguna palabra. Es de justicia. Se trata de un aporte realmente bueno a la vida de la escena nacional. Lamentablemente, nadie puede todavía encontrar su texto en librería, pero yo espero que se realice pronto su publicación, pues no puede negarse que cada día estamos más conscientes de la importancia de conocernos a nosotros mismos.

El estreno tuvo lugar el 6 de noviembre de 1936, auspiciado por *La Cueva*, Teatro de Arte de La Habana, un grupo que dirigía Baralt y que fue creación suya. Los intérpretes fueron Eduardo Casado, Pituca de Foronda, Teté Casuso de Torriente, Humberto Ortega, Miguel Llao, Hortensia Gutiérrez, Eulogio Peraza, Ernesto Arnal, Rafael Ugarte, Ramón Valenzuela y Marta Gutiérrez.

Ya saben ustedes quién fue Eduardo Casado. Era sobrino de un político famoso, Benito Remedios, tío materno suyo, conocido por su popularidad, su fuerza física y su carácter más bien violento. Eduardo era también un tipo fornido, ancho de espaldas, barba cerrada y voz muy potente, lo cual hacía contraste con su temperamento sentimental. Había empezado la carrera declamando y se le reconocía una capacidad notable para entonar los versos. De ahí que se destacara en la interpretación del teatro clásico. Hizo en el *Patronato* un magnífico alcalde de Zalamea con Raquel Revuelta y bajo su propia dirección; antes, en el colegio de Belén se destacó en el *Gran Teatro del Mundo*, auto sacramental también calderoniano e igualmente montado por Baralt.

Eduardo Casado vivió en México una larga temporada, hizo cine; figuró en la compañía de Margarita Xirgu y llegó a ser su primer actor. Contaba

muy emocionado que Margarita le había ofrecido ese puesto una noche en el teatro y a telón abierto, cuando la compañía saludaba al terminar una obra. Margarita se lo había dicho en voz baja:

—¿Quieres ser el primer actor?

Y él no había encontrado respuesta mejor que la de echarse a llorar.

En uno de sus viajes a Cuba, luego del fallecimiento de Margarita, Eduardo fue a Belén a ver una representación de *La Vida es Sueño* dirigida otra vez por Baralt y con Raquel Revuelta haciendo la Rosaura. La madre de Raquel, cuyo nombre no recuerdo ahora, me contaba lo que había sido ese encuentro. Me decía, llena de entusiasmo maternal, que Raquel estaba preciosa, realmente una maravilla; y que Eduardo se fascinó a tal punto que al día siguiente ya estaba tocando a la puerta de la casa. Silvia Planas (¡me ha venido el nombre a la memoria!), recordaba a su yerno como a un hombre entusiasta, decía ella que "artista de los pies a la cabeza", dinámico, ocupado el día entero en los ejercicios, el masaje, el estudio, el ensayo, y todo lo que constituye la disciplina a la que deben entregarse actores y actrices.

Eduardo Casado murió en Venezuela, víctima de su propia mano. Se decía que en México ya había intentado suicidio. Algunos años después de su fallecimiento, su madre, Balbina Remedios, siguió el mismo camino del hijo. ¡Qué misterioso y extraño y trágico el destino de algunas familias! ¡Cómo hay miembros de ellas que escapan milagrosamente a esta fatalidad y cómo otros son siempre sus víctimas!

Pituca de Foronda interpretó la Gisela en *La Luna*. Supe muy poco de ella. En su familia llegó a ser muy conocida su señora madre, a la que por casualidad visité gracias a un amigo dominicano a mediados de los cincuenta. Era nada menos que doña Mercedes Pinto, escritora, muy simpática, muy habladora, madre también de Gustavo y de Rubén Rojo.

Teté Casuso fue la niña adorada de Pablo de la Torriente. Periodista, autora de una comedia, a su pluma se le debe uno de los primeros testimonios personales sobre la revolución y sus avatares en el curso del año 59. Es un reportaje

excelente que causaría muy buena impresión si hoy se publicara de nuevo. Me sospeché que Teté Casuso nunca se encontró a sí misma.

Miguel Llao, delgadísimo, achinado, cabeza clava de cráneo alzado, hermosa voz aterciopelada, escaló la fama al interpretar a Raffles en la serie radial que ofreció la CMQ. Eramos miles los niños que oíamos los episodios noche tras noche, emocionados con las aventuras del ladrón de las manos de seda, la pesadilla de Scotland Yard. En Miguel había una reserva, una distinción no demasiado frecuente en el medio teatral. Nunca se le vio perder la calma ni jamás le dijo pesadeces a nadie. La noche del estreno de una obra que dirigió en el *Patronato*, *El Fuego Mal Avivado*, a la hora de levantar el telón Miguel no estaba, así que fue necesario dar la orden sin él presente. Su hermano Chicho se alarmó y corrimos a su casa temiendo le hubiera ocurrido algo. Miguel vivía junto al teatro Payret, en un edificio antiquísimo. Chicho derrumbó casi la puerta a golpes; y Miguel despertó de su sueño. Se había quedado dormido al mediodía. Llegamos al teatro para el acto segundo. Vi cómo a Miguel le caía una lágrima. Fue la única señal exterior de su disgusto. Murió en New York, me cuentan que en condiciones muy tristes a causa de una enfermedad larga y penosa.

Don Rafael Ugarte se merece unas líneas. Era pedagogo, profesor de la Facultad de ese nombre y enseñaba también en el Teatro Universitario. Cordial, pacífico, humilde, casado con una señora gruesa tan sencilla y bonachona como él. Yo le oí sus clases y no se me olvida una en que leyó en voz alta un texto de Martí. Al escucharlo reconocí en él una encarnación perfecta de la ingenuidad y la pureza de algunos hombres formados a principios de siglo enamorados de la república naciente, de sus poetas, oradores y demás símbolos patrióticos. Tanta impresión me hizo que se me quedaran grabadas las palabras de Martí pronunciadas por Ugarte:

"No han de ser los versos como la rosa centifolia, toda llena de hojas, sino como el jazmín de alabar, todo cuajado de esencias". Fue una maravilla oírle esta frase y las que vinieron a continuación. Para que no faltase la nota de humor criollo, un alumno bautizó al bueno de Ugarte con el sobrenombre de doctor Centifolio.

(Continuará)

